

BRAIS B.

Un microrrelato de

Xabier Vila-Coia

Brais B. había nacido en una aburguesada capital de provincias española. Con él nació también el siglo de las dos Grandes guerras y de los Grandes progresos científicos y técnicos. En su juventud había conocido el triunfo político de populistas dictadores y el ascenso de los movimientos sociales de masas de encontradas ideologías que prometían, no obstante, un futuro idéntico de liberación y felicidad. El amor al trabajo como fuente del bienestar de la Comunidad o de la fortaleza del Estado, junto con la familia, concebida como la célula madre de la que todo procede, constituyeron los cimientos de su educación en la escuela y en la universidad.

Sin embargo, Brais B. era un tipo extraño. Sus amigos y conocidos no dudaban, incluso, en calificarlo de bicho raro; entrañable pero raro. No podían entender cómo un joven de su formación e inteligencia parecía más bien guiado en sus decisiones por la sinrazón que por los valores que con tanto ahínco sus excelentes profesores le habían inculcado. Algunos se preguntaban si no estaría cuerdamente loco. Loco por su comportamiento y atípicos pensamientos; cuerdo por las plausibles dudas que estos despertaban en quienes lo conocían desde sus primeros años escolares.

Cuando volvió de realizar el servicio militar y servir obligatoriamente a la patria, sintiéndose en su acomodada ciudad natal como en un callejón sin salida, Brais B. decidió trasladarse a Madrid. Quería conocer una Gran capital. Tal vez allí no se sentiría extraño con los demás ni consigo mismo; acaso conociese a alguien que le explicase el porqué de su vital desasosiego. Inició estudios no reglados de arte: dibujo, pintura, escultura, arquitectura... historia y técnicas artísticas... ¿Qué buscaba? ¿A dónde quería llegar? ¿Era esto síntoma de una inquietud o de una huida? Concluyó que su vida era un conflicto; un tremendo y continuo conflicto que situaba en dos niveles jerárquicos y cuya resolución no atisbaba a percibir: un primer nivel, en principio de mayor envergadura porque lo acompañaba a donde quiera que fuese, lo situaba en su propio Yó. Un Yó en cierto modo enajenado de sí, intranquilo e inerme ante el segundo nivel, por su naturaleza de menor trascendencia pero cuya relevancia era multiplicada por la incertidumbre del primer nivel, y que ubicaba claramente en el mundo exterior a su persona, en el No Yo.

Los estudios no le resultaban complicados. Al contrario; diríase que al igual que los Grandes escritores nacen con un don especial para comunicar las pasiones y las emociones humanas mediante historias narradas a través de la palabra, Brais B. parecía poseer una habilidad innata para plasmar la intimidad de su alma por medio de objetos físicos objetivamente mensurables: papel, piedras, cristales, plásticos, metales... Si el arte ha de servirme para algo, pensaba, ha de ser, en primer lugar, como instrumento de medida, y en segundo lugar como utensilio de alteración de toda medida.

La dificultad residía en que los objetos a medir no eran aquellos con los que construía sus obras, sino lo que en ellas ellos pretendían representar. El reto era, pues, enorme, ya que Brais B.

se propuso idear una herramienta capaz de materializar y al tiempo mensurar todas las pasiones humanas, en las que englobaba tanto a los sentimientos y afectos más refinados y culturalmente elaborados como las emociones más primitivas y rudimentarias. Se hacía necesario entonces dar un Gran salto cualitativo: ¿Cómo establecer una equivalencia o identidad entre, por ejemplo, una Gran ilusión y un objeto metálico de X por Y por Z centímetros y de N gramos de peso?

La alteración de toda medida la quería aplicar para subsumir el No Yo en el Yó, invirtiendo de este modo el proceso social opuesto, secundado de forma ciega por las Grandes y pequeñas masas humanas en todas las épocas históricas, de subsunción del Yó en el No Yo. Creía que la interacción y confrontación directa de conflictos disímiles aunque conexos haría que ambos se anulasen mutuamente. Con ello, se decía a sí mismo, desaparecería el desasosiego. Tal vez, incluso, podría llegar a considerarse feliz por primera vez en su vida.

Imaginando que lo lograría, de repente, dejó de esforzarse en conseguirlo pues en lugar de menguar, notó que su desazón medraba y crecía sin posible control, estrangulando como una nuez su laringe y desbocando el latir de su corazón. En su cabeza penetró, con fuerza inusitada, una Gran duda: ¿Puede crear artísticamente quien se considera feliz?, se preguntó sin haberlo deseado.

Quiso hallar la respuesta investigando con detenimiento la vida y la obra de los Grandes maestros, mas un nuevo e inesperado pensamiento se le impuso como una orden intimidatoria procedente del exterior: “La verdad está dentro de ti; no la busques en ninguna otra parte porque no la hallarás y si creyeras haberla hallado no te satisfaría. La verdad está en ti porque tú eres quien la crea. Y quien crea no se equivoca. ¡Tu verdad es la Verdad!”.

“Quien crea no se equivoca”

“¡Tu verdad es la Verdad!”

“Quien crea no se equivoca”

“¡Tu verdad es la Verdad!”

Brais B. apenas meditó el significado profundo de estas palabras. Un cortocircuito neuronal lo indujo al suicidio arrojándose desde lo alto del viaducto de la calle Segovia la misma noche que su sacrílego contenido asoló por completo su frágil razón. No se despidió de nadie; ni siquiera de sí mismo. Tan solo se encontró, a modo de epitafio para profanos, una nota escrita con carboncillo sobre la macilenta piel de la planta de su desmembrado pie izquierdo: “No permitas que el arte te mate antes de morir”.